

siempre hacía el astro del día. Creí ya que mi destino era no amar hasta despues de la muerte, cuando encontré en las vías de mi existencia, y en medio de las fiestas florentinas, una mujer que excedía en gracias á la muerte: tantas eran las ventajas de su cuerpo y de su ingenio. Grave sin soberbia, dulce sin empalago, móvil sin aturdimiento, digna sin imperio; de facciones tan correctas, que se dirían dibujadas por un pintor milagroso; de tez tan rosada, que nunca degeneraba en roja y encendida; las manos pequeñas y los ojos grandes, los piés breves y la cabellera larga, ancha la frente y estrecha la cintura, espaciosos los hombros y diminutos los labios; el decir conciso, el pensar profundo, el ídear claro, el sentir ardiente; ¡ah! en su presencia la muerte solo debía considerarse como una de esas estrellas cuyos rayos de oro preceden á la claridad del día. Canto yo por amor y tú por amor pintas: que así cumpliremos uno y otro nuestro destino comun sobre la tierra. Y vamos seguidamente al ruego que me diriges. Necesitas de pontificia bula que te habilite para tu casamiento. Ahí van las cartas necesarias. Creo que con ellas te abrirás las puertas del Vaticano y llegarás derechamente hasta el corazón de nuestro sumo Pontífice. Mas no olvides una advertencia que juzgo indispensable recordar á tu modestia. Quien se llama Filippo Lippi y tiene las obras maestras que tú tienes, y mueve los sultanes con su arte como tú has movido al Sultán de Túnez, y puede ofrecer regalos tan valiosos como sus cuadros, antes que en los recursos de la ajena protección, debe fiar en las virtudes de su propio genio. Deséate de todas suertes un éxito completo y una felicidad perdurable tu antiguo y fiel amigo

LORENZO DE MÉDICIS.»

En cuanto Lippi recibió sus cartas, marchóse de Nápoles á Roma en demanda de su bula, sostenido por la fé en la propia estrella y la confianza en el valioso protector.

CAPITULO XVII.

Un misterio en la Edad Media.

Era la mañana del Sábado Santo en Roma. La gran plaza, en cuyos espacios se extiende la Basílica de Letran, estallaba henchida toda ella de gente, que acudiera desde la noche anterior á presenciar lo que entónces se decía un misterio religioso y ahora un drama sacro. Aquel sitio de tanta majestad, cuando se encuentra solitario y abandonado, donde los monumentos religiosos contrastan con las ruinas antiguas, desierto poblado de esparcidos fragmentos, como campo de batalla en que hubieran peleado los siglos, perdió toda su austeridad nativa, ocupado por palacios, por tribunas, por graderías, por tablados, apenas suficientes á sostener innumerable muchedumbre, y decorados de bien varias y distintas maneras con ese primor pintoresco que caracteriza á los pueblos meridionales. Contábanse entre los tablados muchas categorías, y entre las categorías algunas tan brillantes, que denotaban verdaderos principados, segun la riqueza y variedad de los adornos. Alfombras de mil colores, tapices de mil realces, banderolas mecidas por el viento, brocados de vistosísimos ramajes, albergaban á damas y caballeros romanos, desceñidos ya de sus lutos de Viérnes Santo y ornados con las vestiduras de Pascua. Mas léjos y mas bajo veíanse multitud de graderías decoradas con menos brillo, pero no con menos gusto, sobre cuyos escalones pesaba un pueblo jadeante de curiosidad y henchido de entusiasmo. Todas las miradas se dirijian á una especie de escenario en que iba á representarse el drama de la Resurrección de Cristo, así que las campanas de San Juan de Letran anunciasen el cántico de gloria y repitien-

sen los aires de la campiña los millares de aleluyas exhalados por las iglesias de la ciudad eterna.

Mientras á la luz de la mañana miraban los espectadores aquel lugar en que iban á pasar tantas cosas, detras de la escena en una especie de barrancon recatado al público por espesas telas y cerradas puertas, arreglaban sus correspondientes trajes los actores llamados á desempeñar el sacro drama. Nada tan vario como aquella legion de gentes á medio vestir, ó vestidas, no con arreglo á ninguna ley histórica, sino con arreglo á sus respectivos caprichos, y cuando mas á las tradiciones litúrgicas. Para llegar al momento supremo de la Resurreccion de Cristo, habia que poner un drama de su vida y muerte, como proemio necesario, en el cual entraban actores innumerables. Así eran de ver y de oír éstos con sus trajes á medio poner, aquellos con un carrillo pintado y otro sucio, los demás aquí ceñidos de coronas reales rematando hábitos villanos, los demás allá cubiertos con pelucas rizadísimas por un lado y desgreñadas por otro; todos de arreos bizarros y adornos fantaseados, que les daban aspectos de un coro de dementes; mucho mas si añadimos á sus extrañas vestiduras y á sus singulares ornamentos sus gestos y sus gritos todavía mas singulares y extravagantes. No decimos nada de aquellos diálogos en que los objetos mas sagrados se mezclaban con los dicharachos mas soeces y en que las cosas santas andaban tiradas como prendas de vestido ó como muebles de hogar, sin que los profanadores é irreverentes cayesen de ninguna manera en la cuenta de su profanacion y de su irreverencia.

—¿Ha venido la burra de Balaan?

Preguntaba un santón hebreo con barbas de macho cabrío y túnica de escribano pontificio.

—No ciertamente. Lo que ha venido es el cordero pascual con un cierto tufillo á bien asado que está diciendo: comedme.

Le respondió un San Pedro de traje verde y manto carmesí, acomodándose con alguna dificultad á la cabeza enorme calabaza lustrosísima, destinada á representar antigua y reluciente calva.

—¡Ay, ay!

Gritaba un muchachuelo de quince años, que se disfrazaba de Magdalena, y se ponía una peluca, cuyos hermosos cabellos rubios le tocaban casi en los talones.

—¿Qué te ha sucedido?

Le preguntaba un Rey Mago, el cual se ennegrecía la cara con el hollín pegado al exterior de un sarten, disuelto en algunas gotas de aceite.

—Que me ha puesto el Espíritu Santo mis cabellos como nuevos.

Respondía la Magdalena, enseñando una paloma atada á la larga cinta y suspendida de alta viga, la cual, desde sus alturas le enviara cierta materia mal oliente, bien diversa de las lenguas de fuego con que debia agraciarse el apostolado.

—Abróchame este segundo broche, camastron, porque el primero me ahoga.

Le rogaba un Heródes, enseñándole el manto real á todo un San Juan Bautista.

—Que te lo abroche la puerca que te parió, le respondía el Bautista, pues me he puesto á limpiar el caballo de Constantino el Grande y me ha dado una coz tal, que me ha desecho la espinilla. No estoy para bromas.

—Tengo miedo.

Exclamaba un mozalvete de veinte abriles envuelto en largo manto celeste sembrado de argentadas estrellas, que bajaba la cabeza sobre el pecho al enorme peso de una aureola de bronce dorado y que debia con estos arreos representar á la Virgen.

—Pues toma.

Le dijo el Angel San Gabriel, meneando las plumas de sus alas de talco y ofreciéndole el cordial de un vaso de peleon.

—Pues daca.

Respondió la Virgen echándose entre pecho y espalda aquel cuartillo, no sin que la sacra aureola se le cayera de la atormentada nuca, yendo á dar en la cabeza de San Márcos y levantándole un chichon que le inspiró al buen Evangelista las blasfemias mas sucias y las interjecciones mas soeces.

—¡Fuego, fuego!

Gritó Zacarías con tal fuerza que se le cayó á su vecino el actor encargado de representar Santa Isabel la barriga de trapos con que debia fingir la preñez, y no sabemos lo que hubiera sucedido, pues una vela de la Candelaria encendió las estopas empapadas en aguardiente que debian simbolizar las llamas del amor místico, y no sabemos lo que hubiera sucedido, decia, á no haber llegado varios diablos con cántaros de agua para extinguir el incendio. Bien es verdad que la atencion se distrajo pronto á causa de otro aquelarre espantoso, en el cual se rompieron las vasijas destinadas á las bodas de Canaan y se destrozó en mil pedazos el pesebre de Belen: San Juan Evangelista pintaba y adobaba el rostro de Cristo, pero con fortuna tan

adversa que, le metió un poco de colorete en el ojo izquierdo, y le hizo ver en pleno día todas las estrellitas del cielo. Sentir el Salvador tal puñalada invisible en la vista y tirarle un bocado en la nariz á su discípulo predilecto, fué obra de un momento. Sentirse mordido el dulce evangelista y patear á su amado maestro fué obra no menos rápida. La rubia melena de Cristo, quedó hecha una lástima, su túnica inconsútil desgarrada, las tres potencias en las cuales resplandecía su divinidad, rotas, magullado su cuerpo, molidos sus huesos, maltrechas todas sus facciones, y quizás fuera tan santo día el postrero de su vida si no llegaran Pilatos y Caifás á sacarlo de las garras de su aporreador y martirizante.

Hubiérase tomado aquella festividad por un verdadero carnaval, á no celebrarse ceremonias austeras en los serenos espacios del templo, que podríamos llamar perdurable, no lejos del movable sitio y de la cambiante escena del teatro. La tristeza del Viérnes Santo reina todavía al despuntar la mañana del Sábado; los altares se hallan desnudos; las lámparas apagadas, los velos fúnebres tendidos sobre los cuadros y las estatuas; la cruz, que acaba de descubrirse, aparece desposeída del divino Salvador y solitaria; el sepulcro, que acaba de cerrarse, yace sellado y mudo; las puertas del tabernáculo están abiertas de par en par y su interior completamente abandonado, sin el sacramento; la desolacion se extiende por todas partes como una sombra de muerte: la Iglesia, á semejanza de la Jerusalem llorada en los tronos del Profeta, yace triste y viuda; el clero salmodia en su coro unos maitines, que semejan por su elegiaco acento y por sus siniestras cadencias el amarguísimo sollozo de espíritus invisibles, los cuales derramarán sobre el alma de los fieles una lluvia de lágrimas. A pesar de esta profunda tristeza, las ceremonias de las primeras horas del Sábado significan el albor de la esperanza mística y la continuacion de la vida religiosa. Aunque desnudos de la casulla y revestidos solamente del alba blanca y de la estola negra bendicen los sacerdotes el cirio que ha de arder ante el altar mayor y el agua bautismal que ha de recibir en el seno de la religion á los catecúmenos y á los niños. Tras los velos espesos y negros parece que se adivinan ya las luminarias brillantes y en las altas mudas torres que se siente el vibrar alegre de las campanas. Los fieles aguardan impacientes la hora de las diez y el cántico de gloria que indicará la resurreccion de Cristo, el triunfo eterno de la vida sobre la muerte. Se necesita creer con fé para sentir con verdad la aproximacion de esta hora sagrada y los preludios de estos cánticos sublimes. Diríase que en tales días de primavera la resurreccion de todos los seres coincide con la resurreccion del Salvador. Diríase que así como la savia estalla en la yema, la flor en el capullo, el manantial en las nieves recién derretidas; la esperanza estalla en el corazon que aspira al amor y en las venas la sangre que renueva su ardiente lumbre. Cuántas veces cree el cató-

lico en semejante día oír antes de tiempo las trompetas del órgano que llenan con sus acentos la Iglesia; la vibracion de los incensarios que derraman en los aires místicos perfumes; el repique de las campanas que sube á lo infinito; el cántico de gloria que anuncia la resurreccion; y se exalta y se enardece como si viese á su propia alma trasformarse á manera de la mariposa, y tomar esas alas que, de un vuelo, conducen á las ethéreas cimas del Empíreo en los arrebatos y en los éxtasis religiosos. Por los cuerpos mas frios derrama la primavera su calor y por los espíritus mas escépticos derrama la Pascua su alegría.

Así puede imaginarse quien leyere cómo estaria una muchedumbre católica en la plaza de Letran la mañana del Sábado Santo, viendo el drama sacro y evangélico, aguardando el repique general de las campanas y el gozoso aleluya de la Gloria. Las espigas movidas por el viento no ondulaban como aquella multitud movida por la curiosidad; las olas empujadas unas por otras no resuenan como aquellos pechos henchidos de entusiasmo. Lo que era entonces la inmensa plaza laterana todavía podemos hoy concebirlo á pesar de que la Basílica ha sido renovada en el siglo décimo-sétimo con la aparatosa arquitectura de Fontana, y el obelisco egipcio, que yacia olvidado entre las ruinas del Circo máximo, erigido allí de nuevo por la próxima mano de Sixto V. En los tiempos que historiamos, si San Juan de Letran estaba ya rehecho de los desperfectos sufridos en la centuria décima-cuarta, no estaba todavía ornado con el brillo que hoy tiene, ni mucho menos concluido con el pórtico que hoy ostenta. Aparte de obelisco y pórtico, existian dentro de la iglesia el fresco representando el gran jubileo decretado por Bonifacio VIII; el sepulcro ó urna de un discípulo del inmortal Donatello, conteniendo las cenizas de Martin V; el tabernáculo gótico guardando, segun la tradicion, los cráneos de San Pedro y San Pablo; el mosaico de Turbita y otras obras inmortales de arte. Pero lo que estaba entonces como hoy, era tras la Basílica el bautisterio de Constantino; al lado el magnífico triclinio de Leon XII; en frente la iglesia de la Vera Cruz, cuya fundacion se ha atribuido á santa Elena; por todas partes, en el dilatado espacio, en las largas líneas, entre los festones de yedra y las guirnaldas de ortigas y de cicuta, los arcos de los acueductos neronianos, los restos de las piscinas y de las naumaquias, parecidos á fragmentos de grandes templos, las columnas de triunfo medio rotas y confundidas con las piedras oscuras y las inscripciones borrosas de los lugares consagrados al eterno reposo. Si no hay cosa tan artística como el contraste, imaginaos cuánto ofrecería, de un lado la grandeza de los templos católicos surgiendo entre los restos de las ruinas antiguas, y de otro lado, el escenario de telas, de papeles, de cartones, donde se veian árboles y flores de trapo, soles y estrellas de talco, mantos y trajes bordados de lentejuelas; lo breve, lo fu-

gaz, lo rápido, junto á edificios que desafían las injurias del tiempo y parecen elevados á la eternidad. Y luego allí, en aquel sitio apartadísimo, escenario majestuoso ha tantos siglos, por cuyas piedras amontonadas y por cuyos escombros gigantescos andan errantes mil sombras augustas; donde á cada paso, bajo los brazos de la vid y á la sombra de los cipreses, entreveis un fragmento de la que fué reina de las ciudades y señora de las gentes; ¡qué contraste tan profundo entre el silencio religioso que reina de continuo como en la region de los muertos, y el estruendo de las muchedumbres y el sonido de las músicas, y el grito de los actores, y el rumor de las fiestas, y la alegre algazara de una representacion al aire libre, cuyas incidencias despiertan tantas y tan vivas y tan innumerables emociones expresadas por esos clamores populares que pueden compararse sin atrevimiento y sin hipérbole á verdaderas tormentas!

Lo primero que apareció en la plaza fué la comitiva oficial destinada á honrar la fiesta. Abrian la marcha los heraldos, los pajes con sus vistosas vestiduras, los reyes de armas con sus dalmáticas de brocado y sus mazas de metal, los trompetas, tambores y clarines. Seguian á estas lujosísimas comparsas los peregrinos, que llegaban de luengas tierras, con sus largos báculos rematados por calabazas, sus esclavinas negras sembradas de conchas blancas, sus sombreros á la espalda y sus amuletos y sus reliquias al cuello. Iban en pos de los peregrinos los frailes de órdenes diversas. Tanto era su número que se les hubiera tomado por un ejército, y tan varios sus individuos, que llevaban algunos de ellos las túnicas de lino y aun de pelo de cabra usadas por los primeros cenobitas en los desiertos de Egipto. Junto á estos africanos, cuyo atezado rostro resaltaba entre los pliegues de lino blanco, veíanse con extrañeza los monjes griegos con sus actitudes de estatuas ambulantes y sus pálios de paño negro. Tras estos monjes griegos resaltaban las estameñas pardas del franciscano, las franelas blancas del mercenario y carmelita, los colores contrastados del dominicano, la rica variedad de tantos y tan diversos hábitos. Como cada comunidad llevaba delante de sí los monagillos con candelabros y vasija de agua bendita, los sacristanes con cruces, y detrás de sí el prior seguido de novicios que le auxiliaban, aumentábase la variedad pictórica de los diversos grupos. Y luego que las órdenes monásticas habian pasado, venian á caballo las autoridades civiles de roma, los llamados senadores, con sus largas túnicas, acompañados de asistentes excediendo á sus señores en la riqueza de los trajes. Y luego que habian pasado los senadores romanos, venian las diversas familias nobles, damas y caballeros, precedidas de una corte inmensa, como no la hubieran usado los reyes, y acompañadas de toda clase de pompas. Y por último cerraban el magnífico cortejo los obispos, los arzobispos, los cardenales, los príncipes de la Iglesia, en cuyos anillos, en cuyas cruces, en cu-

vos broches, los rayos del sol chispeaban como si al contacto con aquellas facetas produjesen múltiples y multicolores estrellas.

Pues bien; allí iba el cardenal á quien Lorenzo recomendara el asunto de Filippo, y que, deseando complacer al gran señor y servir al gran artista, no habia en manera alguna llegado á mover la voluntad del Papa. Encerábase éste, para su negativa, en una observacion, que parecia á primera vista concluyente. Si Filippo hubiera pedido su revocacion del voto y la bula para el matrimonio con ánimo de cambiar su vida, nada mas necesario para él ni mas fácil para el Papa. Mas, una vez casado, siguiendo su natural voluptoso y sus costumbres ya arraigadas, volvería sin falta á la vida de ántes, y arrastraría en su desventura, quizás en sus vicios, á la propia mujer que ahora tanto deseaba. Inútilmente le argüia el cardenal con los cambios de vida y de costumbres verificados en Lippi; inútilmente le aseguraba la observancia de un voto hecho en la hora que el pintor creía hora de su muerte; inútilmente le citaba todos los artistas de Roma y Nápoles, edificados con la vida del antiguo carmelita y dudando de sus propios ojos; inútilmente le confirmaba con los informes de toda la policia y de todos los esbirros romanos, la indudable verdad de sus juicios; la negativa del Papa era absoluta, irrevocable su resolucion, definitivo su acuerdo. Bien es verdad que Guido Montaperto habia entrado en la corte romana y puesto en juego todos sus medios y todos sus recursos de poder y de influencia. Y entre estos medios, entre estos recursos, el primero y esencialísimo, el oro como que nada le importaba consumir toda su fortuna con tal de evitar aquella boda á su corazon tan odiosa. Lippi, que tantas veces se salvara del deshonor, de la ruina, de la muerte misma, por su arte, miró al cielo, vió en sus espacios lucir la buena estrella que siempre le acompañara; miró al interior de su mente, vió brillar en ella la inspiracion que siempre le esclareciera y, desconfiando de los hombres, no desconfió un punto de su arte. Pidió al cardenal que le consintiera ofrecer al misterio religioso, para la hora en que el velo del templo se rasgara y el momento de la resurreccion viniera, un cuadro representando á Cristo vencedor de la muerte, y en el acto mismo de subir á los cielos. Conociendo la naturaleza artística del pueblo romano y fiando en la eficacia de su entusiasmo, pintó Lippi unas figuras de gran tamaño semejantes á las que habia dejado en la catedral de Prato, para que el pueblo romano quedase vencido por la sublimidad del cuadro y por la inspiracion del pintor. Y aquel pueblo subyugado le aclamaria; y aquella aclamacion espontánea le valdria mas que la carta de Lorenzo el Magnífico y que la influencia del cardenal romano. Semejante cálculo no marró, y los hechos confirmaron las esperanzas. Vamos á verlo.

Puede decirse que la parte principal de la funcion habia pasado desde el